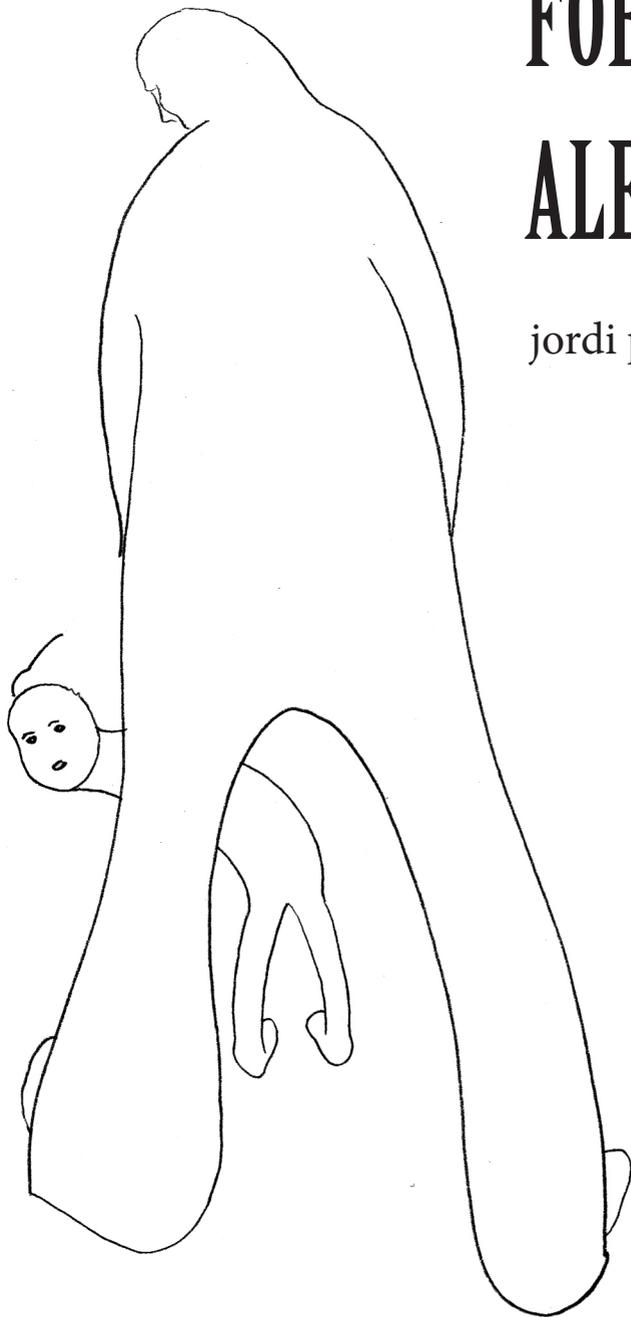


FOBOS Y

ALEXANDRU

jordi pascual morant



FOBOS Y

ALEXANDRU

jordi pascual morant



Fobos y Alexandru
© Jordi Pascual Morant 2023

Diseño: Jordi Pascual Morant
Edición de texto: Laura Gomara Panadero

1ª Edición.
Castelldefels 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un medio informático, ni su transmisión en cualquier forma o mediante cualquier otro medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otras) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.pascualmorant.com>

A todos los hijos sin padre

Si en algún lugar del planeta nos pudiéramos refugiar del miedo, sería en el Mediterráneo.

Quizá por ser el balneario entre Oriente y Occidente que relaja nuestro espíritu al iniciar el día. O por ofrecernos amplios espacios que no esconden sobresaltos de incertidumbre. Tal vez sea como un cuenco de agua bendita que nos calma porque su mar vibra como la música en una orquesta de olas. Pero no solo es una metáfora poética, también es cuna de la filosofía, de grandes imperios, profundas rivalidades y descansos veraniegos. Estos últimos han convertido sus aguas en las más contaminadas del mundo. A pesar de ello, algunas de las ciudades de su litoral tienen el privilegio de haberse ganado el aprecio de sus visitantes.

Barcelona sería una de esas ciudades «con encanto». ¿Y quién, que no la haya conocido, no soñaría con visitarla alguna vez? Este es el sueño de uno de nuestros personajes.

La historia se inicia en el llamado «Ensanche barcelonés», una zona emblemática de la ciudad gracias al arquitecto Ildefons Cerdà, que la reformó en el año 1859. Hoy en día ondea la bandera del orgullo gay y exhibe el ocio nocturno.

Es en el cruce de una de esas calles, a primera hora de la tarde de un domingo otoñal y gris, donde dos hombres de mediana edad coinciden... Bueno, las casualidades lo son para los que no conocen sus detalles. ¿Será ese encuentro el inicio de una amistad, de un conflicto, de un descubrimiento, de un delito?

—*Excuse me, do you speak English?*—pregunta uno de ellos. Es un hombre de gestos refinados. Sobre su discreta nariz, unas gafas de varilla metálica con cristales pequeños le dan apariencia de erudito. Por su aspecto sería fácil etiquetarlo como cauteloso y reticente respecto a las nuevas tendencias en el vestir, pero si miramos su calzado, zapatillas deportivas de color azul intenso, parece que se

haya olvidado de lo más importante, el cuero lustrado de un vestir clásico.

—No, ¿habla usted español? —le responde el otro. Un personaje robusto, pelirrojo y con barba de corte griego, que le da a la mandíbula un aspecto prominente. Los dedos de sus pies se asoman entre las tiras de las sandalias, acentuando el helenismo de su imagen, aunque viste sin estilo coordinado.

—Sí —asiente el primero—. Creí por su aspecto que era extranjero. Acabo de llegar de Rumanía, ha sido un viaje largo y me gustaría relajarme un poco antes de visitar la ciudad. Me apetece ver una película. ¿Sabría indicarme si hay un cine por aquí?

—Sí, claro. Tiene uno cerca. Es una antigua plaza de toros reconvertida en centro comercial, se llama Las Arenas. Andando puede tardar unos diez minutos. Si quiere puedo acompañarle, voy en esa dirección.

—Se lo agradezco, es usted muy amable —le dice mientras empiezan a andar.

La calidez de este encuentro contrasta con la apatía del día en Barcelona. La indiferencia del sol, las nubes grises que ensucian el cielo, el viento borrascoso que amenaza lluvia y el ensordecedor ruido de los coches ahuyentando a los pájaros, que si los hubiera se mantendrían en silencio para dejar oír el anuncio de un desenlace cercano.

—Me llamo Alexandru —se presenta el rumano.

—Mi nombre es Andrés. Habla usted muy bien el español.

—Soy filólogo, experto en lenguas griegas y latinas. ¿Sabía usted que Andrés es un nombre de origen griego? Deriva del término *andrós*, que indica al hombre como opuesto a la mujer, también relacionado con la raíz indoeuropea *-ner* que significa hombre, fuerza vital. Su significado se vincula al varón con poder viril,

fuerte, valiente y ganador... Disculpe, me he dejado llevar por el tecnicismo de mi oficio —sonríe.

—Me deja sorprendido. Nunca pensé que mi nombre pudiera tener un significado y mucho menos con esas virtudes y características: viril, fuerte, valiente... La verdad es que no le tengo miedo a nada. El miedo es producto de la ignorancia.

—¿Se considera conocedor de todo? —le pregunta Alexandru, cuestionando la arrogancia en su comentario.

—Si se refiere al Todo, por supuesto que no, pero sí de todo aquello que me interesa.

—Entonces quizá confunde la valentía con la temeridad —ironiza Alexandru.

Andrés hace un gesto de incomodidad, percibiendo cierta insolencia en el rumano. Sin responderle, dice:

—Volviendo al asunto del miedo, su país es famoso por algunos personajes de terror, como el Conde Drácula o el dictador Nicolae Ceaușescu.

—La lista se la podría ampliar más allá de esos nombres tan conocidos —remarca Alexandru.

—Me encantaría conocerlos, así alejo mi ignorancia del miedo —exclama con sorna Andrés.

—Pues bien, ha de saber que Rumanía parece estar bañada de misterio y poderes sobrenaturales —añade Alexandru—. Por ejemplo, se dice que en un pueblo llamado Sohatu, por la noche y durante una semana, los tejados y cristales de las casas fueron apedreados por fuerzas invisibles provenientes del cielo, sin que aún se haya podido explicar tal fenómeno. No hubo tormentas ni granizo durante esos días, lo cual dejó perplejas a las autoridades y los meteorólogos del lugar.

—Seguramente haya una explicación física. Como le dije, el

miedo es producto de la ignorancia —sentencia Andrés.

—Hay más historias —continúa Alexandru—, como la de la serpiente que creció en el estómago de una mujer, o los gritos que aún se escuchan en el hueco de un ascensor del hotel Cismigiu, en el centro de Bucarest. Se dice que son los desgarradores chillidos de una chica que cayó por error en ese hueco sin que, durante días, nadie acudiera a socorrerla ya que el hotel se encontraba en reformas. Hay monasterios de monjes como el de Frasnei, vetado a las mujeres, las cuales son maldecidas con enfermedades si se aproximan a menos de siete kilómetros del lugar. O los sacrificios humanos que obedecían a oráculos para que, en la construcción de una iglesia, lo que se edificaba durante el día no se destruyera en la noche. Tal sacrificio recayó por casualidad en la mujer del arquitecto de la iglesia, que fue secuestrada y torturada hasta la muerte. Su marido se arrojó desesperado desde una de las torres que había construido. Estas y otras leyendas envuelven mi país de terror.

—Usted lo ha dicho: son leyendas —asevera Andrés—, fantasías que obstaculizan la razón en las mentes de los ingenuos y, que, finalmente, generan pesimismo. Yo soy más optimista, la alegría de vivir me caracteriza y mi curiosidad supera al miedo.

—Será la situación geográfica o quizás la epigenética de los hechos ocurridos en el pasado de esos lugares lo que produce unos individuos más atormentados que otros —argumenta Alexandru.

—La ¿epi qué? —le pregunta Andrés.

—¡Oh, sí! —se disculpa Alexandru—. Me refiero al estudio de los cambios que activan o desactivan los genes, sin cambiar la secuencia del ADN, sino a causa de vivencias y factores ambientales. La psicología profundiza en estos cambios cuando pasan de padres a hijos o incluso antes. También los sucesos sociales de

trascendencia colectiva son factores que pueden influir en nuestras conductas de forma persistente.

—Demasiado profundo para mí. Cuénteme más historias misteriosas a ver si consigues asustarme —le pide Andrés sonriendo.

—Le he comentado hechos espeluznantes de mi tierra, ciertos o no, pero que forman parte de nuestra cultura. ¿Conoce a Emil Cioran?

—No tengo el placer. Instrúyame, por favor.

—Es un escritor nacido en Rumanía, pero que se nacionalizó francés. Un ejemplo de lo que estamos comentando: pesimismo, o quizá miedo a existir. Vivió el terror de la época en que surgió el nazismo, del que se sintió cercano, como de las filosofías pesimistas de Schopenhauer y Philipp Mainländer. Se le considera el filósofo más aterrador de todos los tiempos. De pequeño jugaba al fútbol con las calaveras del cementerio.

Andrés lo mira atónito al escuchar ese detalle mientras Alexandru sigue su discurso.

—Reflexionó mucho sobre sí mismo, la humanidad y el sinsentido de la vida. Sus conclusiones excluían toda generosidad hacia el ser humano, y hacia sí mismo. Hasta tal punto, que creyó ser una circunstancia innecesaria. Su padre era un sacerdote ortodoxo y su madre una líder de la liga de mujeres cristianas propensa a la depresión.

—La religión mal entendida es una fiebre que puede terminar en delirio —le interrumpe Andrés—. El tal Cioran debió tener algún conflicto con las creencias religiosas de sus padres.

—O quizá las propias —matiza Alexandru—. Son factores que no podemos ignorar. Todos descubrimos en algún momento aspectos que subyacen en nuestro inconsciente vinculados a nuestros padres ¿Viven los suyos?

—Mi madre sí. De mi padre no tengo ningún recuerdo, murió cuando yo apenas tenía cinco años.

—Me sorprende —exclama Alexandru—, cinco años son muchos para olvidar la relación con un padre. ¿Hay puertas cerradas que escondan secretos?

Andrés reacciona con una mirada airada, desafiante, insinuando que no concede alusiones hacia su persona y mucho menos en relación con sus padres.

—Simplemente no le recuerdo —contesta bruscamente.

—No quería molestarle, Andrés. Quizá la franqueza de nuestra conversación me ha llevado a ser demasiado directo. Lo siento.

—Olvídelo. Nos estamos acercando a la plaza —le advierte Andrés en un intento de relajar la situación—. ¿Ha estado alguna vez en una plaza de toros?

—Nunca, aunque he oído hablar de las corridas y conozco esa parte atávica de su cultura. Representa la lucha del hombre contra la naturaleza. Detrás del capote se esconde la conciencia de nuestra fragilidad, la espada que en un instante dará muerte a la persistencia por sobrevivir del toro. Nuestro deseo reprimido de quitarnos la vida ante lo absurdo de ésta se proyecta contra la vida ajena.

—Ciertamente los rumanos sois los filósofos del pesimismo —sentencia Andrés—. Cuando vea en qué se ha convertido la plaza de toros me gustará conocer su impresión y tal vez una nueva interpretación filosófica de esa transformación arquitectónica.

—Mi oficio no da para tanto —se ríe—. Por cierto, ¿a qué se dedica, Andrés?

—Tengo una furgoneta con la que realizo repartos. Me gusta ser independiente, moverme de aquí para allá, tomarme mi tiempo para sentarme en un bar y saborear una cerveza, acompañada de

unos calamares a la andaluza mientras leo un libro. Con calma, que son dos días.

Alexandru sonrío, mientras se imagina la felicidad con la que Andrés se toma su vida, su cerveza y sus calamares acompañados de lectura.

Una vez llegados a la plaza de España, ambos se detienen contemplativos.

—Bueno, dígame que le parece la plaza —pregunta Andrés abriendo los brazos, como si corriera el telón de un escenario arquitectónico.

Tras unos instantes de reflexión, Alexandru contesta:

—Me produce confusión tanta diversidad de estilos: las torres venecianas, la fuente barroca, el hotel minimalista, el coliseo taurino. No sabría en qué ciudad situarme, créame.

—Le aseguro que seguimos en Barcelona —le aclara Andrés con un guiño, tras lo cual le coge del brazo para acompañarle a la entrada del centro comercial.

Ya en el interior, contemplan su entorno: la moda en los escaparates, la tecnología en informática, las conversaciones en los bares, la gente que va y viene.

—Los cines están en la última planta —le indica Andrés—. Yo le invito, coincido con usted en ver una película.

—Qué amable, acepto su invitación. Pero antes quisiera ir un momento al baño.

—Le acompaño, también tengo necesidad.

En el rostro de Alexandru vemos ahora una nueva expresión, difícil de definir. Se le nota expectante, con una insinuación de deseo en su mirada. ¿Sentirá alguna tentación al dirigirse a un lugar tan privado como son los aseos?

Se percibe atracción entre ambos, a pesar de sus diferencias.

Como buen filólogo, a Alexandru le interesa la etimología, el origen de las palabras, la razón de su existencia. Intuye que Andrés esconde un jardín con los mejores frutos en su interior.

Por su parte, Andrés admira los conocimientos de Alexandru. Lo percibe paternal cuando le habla, oye el eco del padre que no recuerda. Desea abrazarle, sentirse cerca de él.

—Adelante, Alexandru —le dice Andrés con amabilidad al llegar a los baños.

El rumano accede agradecido. Se sitúa en uno de los dos urinarios libres que hay y Andrés, dubitativo, se coloca a su lado. Ambos sienten una cierta incomodidad. Les cuesta orinar por la extraña situación. Se miran sonriendo. Eso los relaja y por fin pueden vaciar sus vejigas.

14 | Andrés inclina lentamente la cabeza para contemplar a su amigo, que acaricia su pene abellotado. Cuando Alexandru se percata de que es observado siente una leve excitación y sus movimientos se vuelven insistentes.

Andrés sigue absorto, y aunque nota que Alexandru se ha dado cuenta de que lo mira, no deja de asombrarse por aquel miembro que también le produce una erección. Al verlo, Alexandru gira su cabeza hacia Andrés y le muestra, con una leve torsión, la visión de sus genitales. Ambos se masturban, indiferentes a la presencia de los otros hombres que hay allí.

Andrés extiende su mano acercándola al sexo de Alexandru, mientras este deja libre su miembro, ofreciéndoselo, ya muy excitado, lleno de la sangre que hincha la esponjosidad de su pene. Al instante, Andrés se da cuenta de lo atrevido de su acción y hace retroceder su mano. Pero Alexandru toma la iniciativa y le coge el falo ardiente con pasión.

Dirigiendo la vista hacia los reservados, Alexandru le sugiere

entrar en ellos para seguir, ocultos al resto de miradas. Andrés, tras dudar brevemente, asiente con la cabeza. Una vez en el interior, la situación se desenvuelve con total desinhibición. Se alternan abrazos con besos en los labios, que descienden por sus cuellos mientras sus manos recorren los cuerpos bajo la ropa, pellizcándose los pezones con dolor consentido.

El descontrol de sus actos produce en Andrés un repentino e intenso sentimiento de culpa. Su mirada se llena de ira hacia el rumano, que siente flaquear sus piernas a consecuencia del orgasmo que derrama sobre el cuerpo de Andrés, que en un primer impulso quiere retirarse. Pero al instante se abalanza sobre Alexandru con las manos al cuello para estrangularlo, arrepentido por haber entregado su cuerpo a otro hombre.

De pronto se detiene aterrorizado y se aparta bruscamente. En su enajenación, ve en el rostro de Alexandru el de su padre, del que había olvidado los rasgos. El rumano, al sentirse liberado, intenta lanzar un grito de auxilio que no consigue pronunciar, pues el ahogo todavía persiste en su garganta. La imagen del padre que acaba de ver Andrés sigue en su retina. Se frota los ojos para desprenderse de aquel ser que en algún momento de su infancia desapareció de su recuerdo. Alexandru, echado en el suelo junto a los cristales rotos de sus lentes y lleno de angustia, pronuncia algunas palabras con esfuerzo.

—¡Soy yo Andrés!, ¡¿a quién ven tus ojos?!

—¡Calla, desgraciado! ¡Es el diablo el que está hablando por ti! —Andrés, fuera de sí, se abalanza de nuevo sobre el rumano, ahogándole con furor— ¡Siempre te he odiado! ¡Nunca fui un hijo para ti! ¡Destrozaste mi infancia, mi inocencia! ¡Abusaste de mi ingenuidad para hacerme creer que era a mí a quien amabas y no a mi cuerpo, al que manchaste tantas veces como si fuera un peluche

para tus lascivas inclinaciones pedereastas! ¡Actos que me obligabas a presenciar cuando venían otros niños, a los que atraías con dulces y promesas de juegos, que se convertirían en perversiones y crueles torturas que yo no entendía! ¡Una vez más me has engañado! ¡Hoy no querías ver una película! ¡Como en tantas ocasiones, a las cinco de la tarde... a las cinco de la tarde era corneado una y otra vez en el ruedo oscuro de aquel cine al que me llevabas fingiendo complacerme!

Alexandru comprende que Andrés está reviviendo el trauma de su infancia, las causas de su reprimida homosexualidad. Sabe que es a su padre a quien quiere asesinar, al miedo que le produce su presencia.

El rumano se contorsiona dando golpes con los pies en la puerta del baño mientras Andrés grita:

—¡Te odio, papá, te odio! ¡Te mataré!

—El ruido y los gritos alertan a los que se encuentran allí, que de inmediato empiezan a golpear la puerta.

Andrés se siente atrapado entre aquellos que quieren entrar y la persistente mirada del padre, del que no puede huir. Se aparta de aquel cuerpo que yace inerte y busca refugio en una esquina de la celda en que se ha convertido aquel espacio tras su delirio. Lloro desesperadamente.

—Andrés, tranquilízate —le dice una voz femenina—. Ya ha pasado todo. Ha sido muy importante que me contaras el sueño que has tenido. Te hará entender por qué sientes tanto miedo a la vida. El miedo, a veces, somos nosotros mismos. Esperaba que llegara una sesión como la de hoy. ¿Te das cuenta de que has dado vida a tu padre, Andrés? A partir de ahora trabajaremos el tránsito que supone pasar del odio a la aceptación, empezando por poner nombre a todo. El de tu padre será el primero.

—Se llamaba Alejandro —le responde Andrés, sollozando.

La psicoterapeuta le acerca los pañuelos y espera a que se reponga para emplazarlo a la próxima visita. Al rato, Andrés se levanta secándose las lágrimas y se despide de ella.

Mientras baja las escaleras del edificio, situado en una de las calles del Ensanche barcelonés, decide pasear por el barrio donde se desarrollaba su sueño y lugar de encuentro con Alexandru. De pronto, se detiene ante el escaparate de una librería. Entre los libros expuestos hay uno que le llama la atención por su título: *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma*.

Entra en la tienda, toma el libro y se conmueve profundamente al leer la reseña sobre su autora: Herta Mueller, la escritora rumana perseguida por el dictador Ceaușescu, de quien dijo: «*Durante 15 años, todos los días deseé su muerte. Pensé que cuando lo ejecutaran me sentiría aliviada. Pero tuve la reacción opuesta. No podía parar de llorar. Me resultó difícil ver cómo fusilaban a un hombre. Y era un hombre por primera vez. Estaba sin afeitarse, y tenía ese temor en sus ojos*».

